

1

YA NO TE RÍES, ¿EH, MACHOTE?

EN ALGÚN LUGAR LEJOS DE BILBAO

3 DE OCTUBRE

Era el quinto giro que el taxista daba por la misma rotonda.

El supermercado Aldi, un par de discotecas chungas y el desvío hacia varios pueblos que no podía ni pronunciar... y vuelta a empezar. Me lo sabía de memoria.

A lo mejor me estaba vacilando, pero no estaba segura.

La verdad era que el asunto no pintaba nada bien, y no solo porque el buen hombre que iba al volante tuviera cara de que su árbol genealógico fuera un círculo, sino porque no había sido capaz de dar a la primera, ni tampoco a la cuarta, con la dirección exacta que le había tirado a la cara en un papelito arrugado. Vale que aquel pueblucho estaba donde Blancanieves perdió una abarca, pero no podía ser tan complicado encontrarlo siguiendo mis fantásticas indicaciones: cuatro árboles, una docena de casitas y un montón de flechas dibujadas a mano.

El panorama que hallaría al llegar a mi destino también era una incógnita.

Mierda puta.

Ni siquiera estaba segura de cómo iba a reaccionar yo. Nunca había sido famosa por gestionar las cosas con calma y buenas palabras, y aquella no era una situación cómoda a la que te enfrentabas con una sonrisa radiante y repartiendo abrazos. No iba a dar lo mejor de mí, de eso no me cabía duda.

No era mi día. Ni mi semana. Ni mi mes.

Ni mi vida.

Por fin, el señor taxista detuvo el coche, se giró hacia el asiento trasero y bramó algo que no entendí. Tenía una calva mal tapada con cuatro pelos grasientos, los ojos inyectados en sangre y un acento indescriptible. Me limité a arrojarle un billete de cincuenta

euros que cubriera la carrera desde el aeropuerto y salí precipitadamente del taxi con mi maletita rosa chicle tamaño cabina. Odiaba ese color, y más aún el equipaje pequeño que me obligaba a sacrificar la mitad de las cosas que realmente necesitaba, los famosos e imprescindibles «por si acaso»: ropa que cubriera las cuatro estaciones, maquillaje para arreglar cualquier estropicio sentimental y una motosierra. Nunca sabes cuándo te va a venir bien tener una a mano, eso es así.

Pero estaba claro que ese día la suerte no estaba de mi lado, sino en mi contra, dándome la espalda como una zorra caprichosa: con las prisas, esa aberración rosa del demonio fue la primera y única cosa útil que encontré para mi repentino viaje. Seguro que era de mi amiga Rebeka, que siempre había sido una hortera poco práctica, y aunque ya llevaba casi dos años viviendo en Belfast con su amado Gary —suspiro, suspiro—, todavía tenía la mitad de sus pertenencias desperdigadas por mi piso en Bilbao. Si es que había nacido para tocarme la moral a dos manos... Qué complicado se me hacía quererla.

Aparté a mi amiga de mi mente a empujones y miré a mi alrededor, suspirando abrumada por lo diferente que lo veía todo desde el otro lado de la acera.

«La perspectiva lo es todo», me dije.

Recordaba aquel lugar al detalle, cada casa, cada enanito de plástico que adornaba los jardines, cada buzón... Así que no titubeé en ninguno de los veinte pasos que di taconeando a través del caminito de piedra que me llevaba hacia mi destino.

Fui ligeramente consciente de que una musiquita alegre flotaba en el ambiente. Ni siquiera le presté atención. Pese a eso, la melodía se coló entre mis pensamientos, liándolos y enervándome a muerte.

En líneas generales, el plan era soltar la bomba, no liarla más de la cuenta y largarme cuanto antes. Tenía algunos flecos sueltos, sí.

Me aseguré de que la bomba estaba bien colocada en el bolsillo de mi gabardina, aparqué la maleta a mi vera y alargué mi tembloroso dedo índice hacia el timbre. Lo retiré sin llegar a tocarlo, como si quemara. Ladeé la cabeza y observé el interruptor con los ojos entornados.

No podía acojonarme por un timbre. Y menos después de haber recorrido media Europa con una maletita rosa.

Estiré el dedo de nuevo, todavía temblando y con los ojos cerrados. No acerté a la primera. Palpé la pared a ciegas y, por fin, a la segunda, sonó alto y contundente.

Mientras esperaba a que la puerta se abriera, me dediqué a estudiar mis zapatos al detalle, incapaz de mirar, intentando improvisar la fórmula exacta para no salir herida de aquella situación. Ni corriendo, que era la opción más tentadora a mi alcance.

Esperé unos segundos más, alzando mis manos al aire mientras tarareaba la cancioncita de marras que sonaba a lo lejos y que ya se me había pegado.

«Forever young, I want to be forever young».

No hubo respuesta.

Bajé las manos, bufé y volví a intentarlo. Dos, tres..., ocho veces estuve tocándolo hasta que el dedo se me quedó pegado al plástico recalentado y noté un chispazo: había quemado el timbre en mi desesperación. Pero la realidad acabó tornándose jodidamente evidente: no había nadie.

La mirada se me empañó por la rabia y apreté los puños para no echarme a llorar. Ni siquiera eso me podía salir bien. Una puerta cerrada se había convertido en el primer obstáculo inesperado en una lista interminable de posibles problemas, así como un jarro de diez litros de agua fría que acababa de caer por encima de mi cabeza. Y a mí el pelo se me rizaba con nada, por mucho que viviera en Bilbao.

Ni siquiera tenía un plan B que fuera la hostia.

Me giré manteniendo la compostura a duras penas mientras trataba de dar con una alternativa. Para mi desgracia, no había ni un alma que pudiera echarme un cable. Las calles estaban desiertas. Tampoco era que estuviera en pleno Manhattan, pero recordaba el barrio más vivo, más..., no sé, ¿más acogedor? Aunque tal vez era yo la que había cambiado y no el pueblucho. La jodida perspectiva una vez más. Ya no era una visitante estival: era una mujer con una misión, armada tan solo con una maleta ridícula. Y la bomba que volví a palpar en mi bolsillo.

Agucé el oído tratando de captar la dirección por la que me llegaba la puñetera música que se oía a lo lejos. Tal vez allí se encontraban las respuestas a todas mis frustraciones y los cientos de preguntas que iba a suscitar con mi inesperada presencia.

Maniobré de aquella manera con la maletita, convencida de que necesitaba un pitido al echar marcha atrás, y me encaminé con decisión hacia la música. Según me iba acercando, mis sentidos fueron captando más cosas: olía a fritanga y a carbón. La melodía de Alphonse que sonaba en un bucle infinito. Había banderitas de colores colgadas entre la media docena de farolas que tenía aquella diminuta aldea, pero resultaban de lo más útiles, porque poco a poco me guiaban hacia la fiesta que parecía estar celebrándose en lo que, supuse, era el campo de fútbol.

Atravesé unos árboles y, de pronto, los vi: muchas caras conocidas, demasiados testigos y dos porterías oxidadas. Me pregunté qué estaban celebrando y por qué demonios había un señor ataviado con una corona del Burger King repartiendo cervezas con una carretilla.

Una vez que me vieron allí parada, hubo un poco de todo: miradas de sorpresa, de cariño, de extrañeza... Saludos, preguntas, susurros, piropos... Pero no atendí ninguna, las ignoré todas con la vista fija en mi objetivo.

En el recuerdo que conservaba de él, elegido al azar y sin criterio alguno, iba vestido con un traje azul azafata y una camisa blanca desabrochada. Nada que ver con la ropa *casual* que llevaba en aquel momento: unos vaqueros oscuros un poco gastados, que torneaban a la perfección sus fuertes piernas de deportista, y una camisa de cuadros gris y negra bien ajustadita a su ancha espalda. Parecía algo más fibroso, más grandote... No lo sé.

Ni siquiera se había percatado de mi presencia, cosa que me puso tan tensa que apenas le presté atención a su delicioso trasero, digno de que le cantaran un par de jotas. He de aclarar que soy una mirona, así que, en una situación normal, podría haberme puesto a fantasear largo y tendido a costa de su culito respingón y olvidarme de todo lo demás.

Seguí caminando hacia mi destino —qué poético—, disfrutando de la calma antes de la tormenta, de los pocos segundos que me quedaban para seguir guardando mi precioso secretito en el bolsillo de la gabardina. Me detuve justo detrás de él con el corazón desbocado y, entonces, todo sucedió a cámara lenta.

Él se giró mientras le daba un trago a su cerveza.

Sus ojos azules brillaron por la sorpresa.

Me sonrió con toda su boca.

Y qué guapo estaba cuando lo hacía.

Tragué saliva.

Incluso estuve tentada de recolocarme el escote, porque habría jurado que hasta mis pezones habían reaccionado a su presencia.

Di otro paso, sin poder pronunciar ni una mísera sílaba. Completamente aturdida por el momento, cautivada por su imagen, a punto de perder hasta el signo del zodiaco. Él continuaba observándome con dulzura y cariño, como si irrumpir en su vida hubiera sido un inesperado pero maravilloso regalo. Maldito iluso.

De buenas a primeras, los nervios que me revolvían el estómago y el nudo que me cerraba la garganta se unieron para plantarme cara, declararme la guerra y hacer que la poca cordura que Dios me dio se tambaleara.

Dejé caer la maleta al suelo y atravesé corriendo la escasa distancia que nos separaba, pensando en que él no tenía ni puta idea, pero su vida estaba a punto de cambiar. Para cuando me quise dar cuenta, un balón se cruzó en mi trayectoria, o yo en la suya, a saber, lo pisé y acabé saliendo disparada. Volando. En plan proyectil.

Choqué con su cuerpo y lo derribé.

Ambos rodamos por el suelo en un amasijo de brazos y piernas indescifrable para acabar tirados uno encima del otro, en una postura, cuando menos, comprometida y más que agradecida. Y es que, puestos a elegir, mejor eso que darme de narices contra el suelo.

Estaba claro que el día que se repartieron la sensatez, las buenas formas y las tetas grandes, yo andaba lejos. Y otra cosa no sé, pero improvisar se me daba la hostia de bien.

—Joder, ¡mi mano! —grité, dolorida, en un perfecto inglés de Amoroto.

—¿Pero has visto la que acabas de liar, Ana? —me contestó. Sus ojos brillaron divertidos ante la situación. Parecía alucinado e incapaz de reaccionar.

Me quedé petrificada un par de segundos observando cómo un hilillo de sangre salía de entre sus labios carnosos y recorría su mandíbula. Por lo visto, había resultado herido durante nuestro pequeño choque.

—¿La que acabo de liar? ¿Perdona? ¡Casi me rompo una mano! —exclamé, mientras notaba cómo me palpitaba la articulación.

—Ya será para menos.

Intentando salir de aquel lío, coloqué el pie en el verde y la mano en el amarillo como si estuviéramos en el campeonato mundial de

Twister. Él me movió una pierna tratando de ayudarme a deshacer el nudo, yo giré el torso para escapar más fácilmente, me encerró con una llave *ninja*, trepé para librarme de sus manos y acabé abrazada a su cabeza, que, a su vez, estaba entre mis pechos.

Farfulló algo en alemán. A lo mejor se estaba poniendo de un tono azul un tanto extraño y preocupante.

—Me estás aplastando las pelotas —repitió de manera poética en el idioma de Shakespeare, todavía con mis tetas en su cara, he de añadir.

—Ojalá lo hubiera hecho la última vez que nos vimos. —Retiré la rodilla que tenía incrustada en su entrepierna.

De buenas a primeras, nos hallábamos rodeados por un montón de personas que se habían visto atraídas por el aroma del escándalo. La gente parecía mirar la maraña de cuerpos tratando de descifrar dónde terminaba él y dónde empezaba yo. Por echarnos una mano, supongo.

—¿Y eso a qué viene? —increpó confundido.

—¡Eres el culpable de todo!

Todavía tirados en el suelo, él me miró con el ceño fruncido, preguntándome sin palabras qué mosca me había picado. Contuve la respiración durante dos segundos exactos tratando de tranquilizarme, pero fue el intento más penoso de toda mi vida. La paciencia tampoco venía en el *pack* que me tocó al nacer.

—¡Maldito seas, *Carakartoffeln!*

A nuestro alrededor reinaba el silencio absoluto. Excepto por los aplausos que alguien me estaba dedicando mientras me jaleaba. Y la puta musiquita, claro. A nadie se le había ocurrido que ya era hora de pararla.

Me revolví de nuevo, eché mano de la bomba que llevaba en el bolsillo y se la estampé en la puta cara.

—Ya no te ríes, ¿eh, machote? —espeté satisfecha.

Parpadeó un par de veces, confuso, y cogió entre sus dedos el motivo por el que mi vida se había despeñado por un precipicio. Lo observó con el ceño fruncido durante un buen rato, hasta que percibí el instante exacto en el que dedujo que su vida iba a caer por el mismo barranco que la mía.

Me carcajeé como una psicópata.

—Malditos seáis tú y tu puto condón roto.

Le tiré las palabras a la cara, a matar.

Pero antes de que pudiera disfrutar del impacto que la noticia le estaba provocando, alguien me agarró por las axilas y me apartó por la fuerza. Atravesé varios metros volando hasta que aterricé cerca de una barbacoa. A continuación, mi captor me empujó sutilmente más lejos todavía, hacia unas mesas que estaban apartadas.

Para ser la primera vez que le decía a un tío que iba a ser padre, tampoco se me había dado tan mal. Aunque él siguiera tirado en el suelo, no por el susto, sujetando una ecografía contra el pecho, y yo tuviera la mano hecha un asco, y no por haberle partido la cara.

2

ALTES FIEBER

HALLERBURG, BAJA SAJONIA, ALEMANIA

5 MINUTOS ANTES DEL INCIDENTE

Aquella fiesta suponía, como tantas otras veces, el final de un verano insípido y el comienzo de un otoño tan insustancial como el anterior. Parecía como si mi vida se hubiera convertido en una sucesión interminable de días vacíos e idénticos que solo servían para completarla, para avanzar hacia el final sin pena ni gloria. Tal vez pensar así sonara demasiado derrotista para un hombre de treinta y cinco años como yo, pero si algo había aprendido sobre la vida era que es capaz de derrotarte de un solo golpe.

Menos mal que tenía a Andrea, mi pequeña de ojos turquesa. Mi único motivo para sonreír. Mi ancla.

Mi amigo Heiko, ataviado con su habitual camisa hawaiana, llena de palmeras y piñas, y sus Ray-Ban naranja, estaba bailando con ella en mitad de la fiesta, o al menos intentándolo, porque Andrea no paraba de jugar a contar las piñas de su camisa mientras se dejaba arrastrar al son de *Altes Fieber*, interpretada por Die toten Hosen.

Y hablando de aquellos días en los que creíamos que no teníamos nada que perder, como los viejos rockeros en la canción, recordé a Carol sentada en la barra de nuestra cocina, yo entre sus piernas, besándola, saboreando el momento como si nunca fuera a desvanecerse, mientras ella tarareaba la canción de Die toten Hosen, su grupo favorito.

Su recuerdo se reflejaba en cada gesto de Andrea, nuestra hija de siete años, la adorable niña que poco a poco iba mutando para dejar de ser mi princesa y comenzar a tener opinión propia, llevarme la contraria, volverse loco e ir encaminándose hacia la temida adolescencia.

Heiko Hayder, también conocido como «el Hombre Amor», para sorpresa de todos, era la persona favorita en el mundo de Andrea y, además de ser su padrino, ambos compartían gustos excéntricos, como una incomprensible devoción hacia Rammstein.

Recorrí con la mirada el lugar: eran poco más de las doce del mediodía y hacía un sol espléndido, y ahí estaba yo, rodeado de mis mejores amigos además de todos los habitantes de Hallerburg. Parecían alegres y felices, dispuestos a tomar unas cuantas cervezas, comer algunas Bratwurst y así celebrar el día de la unidad alemana como marcaban los cánones. Esa gente llevaba toda la vida a mi lado, excepto los tres años que pasé en Baviera por trabajo y de donde volví siendo una persona completamente diferente: la peor versión de mí mismo. Pero eso nunca les había importado, ni siquiera me lo reprochaban, porque había crecido junto a ellos, había sufrido junto a ellos y estaba reconstruyendo mi vida gracias a ellos. De alguna manera acompañado, pero solo.

Eché un vistazo alrededor de nuestra mesa: Verena Hayder y su novio Robert, un chico de Bilbao que años atrás lo dejó todo para mudarse con ella a Alemania, y que se había convertido en una de las personas en las que más confiaba, charlaban animadamente mientras él ponía la mesa; Ingo continuaba repartiendo cervezas con su carretilla; Magda, la tercera esposa de Heiko, observaba a su marido bailando embelesada, aunque tal vez fuera el efecto sedante de la quinta copa de champán que sujetaba entre sus manos, bebida a la que recurría demasiado a menudo para no tener que aguantar el follón que estaban organizando los cinco hijos que compartían. Solo faltaba Marc para que el clan de los Hayder, tal como los llamaba Carol, estuviera al completo.

Pero Carol ya no estaba allí para hacerlo.

Y saber que nunca volvería...

Hacía casi cinco años desde que se había ido, desde el fatídico día en que el cáncer me la arrebató para dejarme a solas con una pena que pesaba demasiado y con Andrea, que ya no contaba con el cariño y los cuidados de una madre. Con el paso del tiempo, una vez que comprendí que no volvería, que ya no respiraba ni por ella misma ni por mí, me limité a sobrevivir anclado en los recuerdos de la vida que había quedado atrás. La echaba de menos tanto como si acabara de marcharse. Siempre lo haría. Todavía estaba conectado a Carol, y, en celebraciones como aquella, su ausencia me dolía más que el primer día.

—¿Una cerveza, Daniel? —preguntó Verena con cariño y una sonrisa radiante.

Verena, la pequeña en su casa, la mayor entre sus amistades, había sido la mejor amiga de Carol desde la infancia y una constante en mi vida.

Alargué la mano para coger la cerveza que me ofreció, la alcé en el aire en señal de brindis y le di un trago largo mientras observaba cómo ella se alejaba de vuelta hacia su novio.

Fue la suave melodía de Alphaville, hablando sobre la juventud, la que me hizo pensar en Rebeka, la hermana de Robert y cuñada de Verena. Durante el tiempo que vivió en Hallerburg, la ayudé a reconducir su vida, que era un caos absoluto después de que rompiera con su novio, y, sin darme cuenta, acabé reconstruyendo la mía. Conseguí dar algunos pequeños pasos y fui recuperando la fe en que mi futuro no tenía que ser tan negro como me esforzaba en pintarlo. Ella me hizo salir de mi zona de confort, un lugar oscuro al que me había retirado como castigo después de la muerte de Carol. Ella me llenó de luz, pero, sobre todo, de esperanza, la droga más potente que ha conocido el hombre.

Pero cuando reapareció su ex, supe que ya no pintaba nada a su lado. Rebeka siempre estaría enamorada del rockero, y era algo que no le podía reprochar, porque yo siempre tendría a Carol grabada en lo más profundo de mi ser. Gary, el rockero en cuestión, pese a arrastrar diversos problemas consigo, era un idiota con suerte que la amaba por encima de todo. No pude hacer otra cosa que apartarme; le pedí que se marchara para que al menos uno de los dos pudiera ser plenamente feliz. Que yo no tuviera al amor de mi vida a mi lado no significaba privarla a ella también del suyo.

Habían pasado casi dos años desde que Rebeka se fue de Hallerburg, y casi tres meses desde que se casó con Gary. Era feliz. Y yo intentaba serlo por ella. Se lo prometí, se lo debía, y no era una persona que incumpliera sus promesas.

De pronto, unas voces me sacaron de golpe de mis pensamientos. Di un trago a mi cerveza y me giré para comprobar a qué venía tanto murmullo a mi alrededor. Parpadeé varias veces, incapaz de asimilar que ella estuviera allí. Dejé el botellín sobre una mesa cercana y, para cuando quise pronunciar un saludo, se me tiró encima.

Todos nos miraban sorprendidos, excepto Heiko, que aplaudía sonoramente.

—¡Bravo! Una entrada sublime. ¡Bravo! Vosotros dos juntos nunca decepcionáis.

A lo mejor el otoño que acabábamos de estrenar no iba a ser tan aburrido como pensaba.

Con ella allí no. Eso seguro.

3

REMORDIMIENTOS TARDÍOS

Asistir a la boda de Rebeka y Gary había significado dos cosas: librarme de sus escarceos amorosos y dramas diarios, que eran muchos, y una buena cogorza, que ya iba necesitando. Cuando tu mejor amiga se casa y tú sigues soltera, te emborrachas hasta que acabas teniendo que tumbarte en el suelo para no caerte de la Tierra, y si no, no es la boda de tu mejor amiga. Punto.

Lo que no entraba en mis planes era acabar intimando a lo loco con el hombre-consolador de mi amiga, Daniel Beck. El imponente alemán y policía uniformado que se encargó de alegrarle la temporada que pasó lejos de su amado Gary en Alemania. Vamos, lo que viene a ser su ex, o, como a mí me encantaba llamarlo siempre que me sentía especialmente cariñosa, «el Agente Horchata».

Resumiendo: Cupido iba tan pedo en la boda que se tapó los ojos con una mano y disparó. Daniel y yo nos cruzamos en su trayectoria y acabamos haciendo acrobacias de carácter erótico en los servicios.

En mi defensa, debo decir que asistí a la boda sin la supervisión de un adulto. Que, por lo visto, es lo mínimo que necesito para no liarla parda en las celebraciones que implican barra libre y un soltero apetecible en la zona. Y en defensa del alcohol que consumí, debo admitir que sobria también era capaz de hacer bastantes gilipollices, aunque esa era otra historia.

Todo lo demás —quedarme embarazada, descubrirlo y tener que coger un vuelo deprisa y corriendo para contárselo al padre— era el precio que debía pagar por no ceñirme al plan original de la cogorza y salirme un pelín por la tangente. Lo único bueno de la situación, por intentar buscar algo, fue que al menos amorticé el vestido, el maquillaje y los zapatos de tacón. Aunque a la larga la factura me fuera a salir por un pico.

Además, confirmé la teoría de Caitlin Moran en *Cómo ser mujer*: los tacones altos, muy altos, no están hechos para andar, solo para tumbarte y que te follen.

El día que supe la buena nueva podría haber fingido mi muerte, mudarme a México y criar a mi hijo en una playa paradisíaca en Cancún mientras me ponía hasta el culo de tequila y enchiladas. Pero ahí estaba yo, en la Germania profunda, a mis veintiséis años, embarazada, intentando hacer lo correcto, con una maleta rosa de mierda y cabreada como una mona. Conmigo misma, con los chicos de Dorian por su canción *La tormenta de arena*, con el mundo en general y con Daniel en particular, faltaría más.

Caminé lejos del gentío hasta la mesa más apartada que encontré, con Robert pegado a mi espalda como si fuera una testigo protegida. El ambiente apestaba a cebollas pochadas, y me provocó tal arcada que me faltó muy poco para vomitarle encima al hermano de mi mejor amiga los cacahuetes que muy amablemente me habían dado en el carísimo vuelo que cogí desde Bilbao. Sí, presentarme sin avisar no fue la mejor idea del mundo, ni la más barata, pero no podía seguir masticando sola sin poder tragar el secretito durante más tiempo, y menos desde que se había desatado el caos.

Llevaba días ignorando la situación, incluso las pruebas que habían confirmado el desastre, hasta que esa misma mañana me había levantado temprano tan feliz, había desayunado y me había duchado, como cualquier otro día, y de pronto mi barriga embarazada de trece semanas había decidido no volver a entrar en unos vaqueros. Unos malditos vaqueros. Ni siquiera fui capaz de abrocharme un mísero botón —pero sí que los había metido en la maleta «por si acaso»—.

Por culpa del Agente Horchata estaba sufriendo una metamorfosis física que ya se encontraba completamente fuera de control. Y no había hecho nada más que empezar, porque solo estaba de trece semanas, repito.

Me sentía más invadida que Polonia.

Aquel drama con mis pantalones me había desalineado los chakras, y ni siquiera sabía lo que eso significaba, pero de golpe y porrazo me había convertido en una loca que lo mismo lloraba un par de horas sin motivo aparente o concatenaba una ristra de veinte palabrotas porque Netflix no tenía *Juego de tronos* en su parrilla. Así que decidí que la mejor opción era ponerme un vestidito holgado muy mono y compartir mi estado con el padre de todos los males que me acechaban desde mi propio vientre, descartando la tentadora idea de vestirme con unas mallas y seguir ignorando el problema, tan *happy*.

Juro que me pasé todo el vuelo pensando en las palabras perfectas, una manera suave de decírselo, con tacto, delicadeza y todas esas mierdas que recomiendan en los foros de internet si buscas «¿Cómo decirle al capullo que te ha dejado preñada que va a ser padre?». Incluso ensayé el discurso con el señor que iba sentado a mi lado en el avión, pero fue ver su cara de sorpresa, su cuerpo bajo el mío, esa sonrisilla de felicidad en su cara y perder completamente el norte.

Había perdido la cabeza, sí, no podía negarlo, pero es que él también tenía que hacerse cargo de la cagada que ambos habíamos cometido, y aquel 3 de octubre, según descubrí, fiesta de la Reunificación de Alemania, era un día tan bueno como otro cualquiera, solo que un pelín más lleno de familia y amigos que se habían quedado flipados con mi entrada triunfal.

Me preguntaba en qué momento me pareció que aquello era una buena idea.

Robert me acercó un vaso de agua y apoyó las manos en la mesa. Yo me senté y lo miré fijamente con fingida inocencia. Tal como se había comportado conmigo en el pasado, como si fuera mi intransigente hermano mayor adoptivo, me esperaba la bronca del siglo. Y es que Robert, además de ser el hermano de mi mejor amiga, durante los últimos meses que vivió en Bilbao antes de mudarse con su amada Verena, se convirtió en mi copiloto en muchas juergas. Un amigo.

—Así que la pequeña Ana se ha follado al poli, y no solo eso. Habría esperado una metedura de pata así de Rebeka, pero tú... Pensaba que eras la más cuerda de las dos. Joder, en mi esquema mental del universo, tú eras la chica lista, la que guiaba a mi hermana por el buen camino...

—Al menos sé de quién es el bebé —musité, echando mano de todo el sarcasmo que habitaba en mí, que era mucho.

—Nunca habría imaginado que estuvieras interesada en Daniel, sobre todo después de que lo llamaras... Déjame que haga memoria... ¿Blandurrio follable? ¿Culo prieto? ¿Agente Horchata? A grito pelado delante de trescientas personas en la boda. Porque, que yo sepa, esa fue la última vez que os visteis, ¿o me equivoco?

Debía empezar a tragarme mis palabras cuanto antes y, teniendo en cuenta todas las perlas que solté durante la época en la que Rebeka hacía el gilipollas con Daniel para olvidar a Gary, más me valía empezar pronto y tener a mano un poco de cerveza para bajarlas.

Una sin plomo, por supuesto.

¡Si es que estar horneando al cachorro del alemán solo me traía disgustos!

—Sí, la última y única vez que tuve el placer de verlo desnudo, o con el traje de Adán, como más te guste llamarlo, fue en la boda de Rebeka.

Le eché un vistazo al susodicho de reojo. Se había levantado del suelo y sujetaba una servilleta contra su boca. Las mujeres del pueblo lo rodeaban, preocupadas, y ya, de paso, lo sobeteaban un poco entre palabras cariñosas de apoyo.

Ay, hermanas, cuidado, que ese tío dispara a matar.

—Se mira, pero no se toca. ¿Nunca lo habías oído? —preguntó Robert muerto de risa.

—Ja-ja-ja.

—Sigo sin poder asimilarlo... ¿Tú y Daniel? —Me miró, todavía asombrado—. Lo lógico habría sido cualquier mujer y Heiko, que para algo lo llaman «el Hombre Amor». Pero tratándose de vosotros, Daniel y tú, es como juntar a Kennedy y Madonna y que funcione, aun sabiendo que a ella no le han pagado ni un puto dólar por el esfuerzo.

Se lo estaba pasando bomba con el asunto, y la verdad era que aflojar un poco la presión de la situación me estaba viniendo genial. Era un capullo encantador, siempre dispuesto a ser un amigo.

—¿Te estabas castigando por algo? —preguntó, contemplando la posibilidad en serio.

Suspiré, asqueada.

Por culpa de mi bocaza del tamaño de la puerta de Brandemburgo, que no se había cortado un pelo a la hora de burlarse de Daniel, iba a tener que justificar mis actos el doble que cualquier otro mortal. Me estaba bien empleado.

—Una tiene sus necesidades, y aunque a Daniel le corra horchata por las venas y parezca un pagafantas a primera vista, es la puñetera fantasía erótica de cualquier mujer. Fue un momento de debilidad, y el ron con cola, ese lubricante emocional demasiado dulce que me puso en sintonía con él, me ayudó a que los remordimientos fueran tardíos y borrosos.

—Dame detalles. Bueno, no. Simplemente dime qué pasó. No, eso tampoco. —Bufó, indeciso, y se revolvió el pelo—. ¿Cómo coño acabasteis fabricando un bebé?

El hermano de mi amiga parecía todo un caballero hasta que su novia andaba lejos y se permitía el lujo de blasfemar en su idioma materno.

—Bueno, es largo de contar. Daniel y yo nos encontramos sin busarnos. Empezamos a hablar, a discutir, broma va, broma viene, blablablá... Le pregunté al oído si la tenía tan grande como las manos, él me dijo que era una descarada, pero me propuso comprobarlo por mí misma..., o a lo mejor fui yo la que se lanzó a revisarlo, no lo recuerdo, pero una cosa nos llevó a la otra... —Hice un gesto con la mano, dándole a entender que había más historia, pero que no pensaba contársela—. Así que no sé muy bien cómo pasó —mentira cochina, recordaba cada segundo al detalle—, pero acabamos sucumbiendo a las bellas artes del fornicio en los acogedores servicios de la casa rural.

En realidad, si fuera una tía normal, me habría puesto roja como un tomate al admitir abiertamente lo que pasó, pero me costaba un mundo fingir una expresión neutra y no ponerme a dar detalles, emocionada. Las consecuencias habían resultado negativas, pero aquella «aventurilla» con Daniel no era solo un recuerdo, era porno para consumo propio, un tesoro muy preciado que guardaba en la parte más íntima de mi mente, un lugar ardiente al que recurría bastante a menudo para recrearme. Y el mundo tenía que saberlo.

—Para cuando me quise dar cuenta, tenía el culo encima de un lavabo y el vestido subido hasta los sobacos y él empujaba entre mis piernas. Yo gritaba de placer como si hubiera visto al mismísimo Dios, como si fuera la primera vez que semejante po...

—Suficiente —me cortó, abochornado.

—Y en algún momento de esa escena, ¡bam!, el soldadito más listo salió de sus pelotas, les pegó cuatro codazos de malas formas a sus hermanos y se apoderó de mi pobre óvulo, que lo esperaba con los brazos abiertos y sin oponer resistencia.

Me sentía mal por que hubiera sido tan fácil, recordando a todas esas amigas, hermanas, mujeres que intentaban ser madres sin éxito... Yo puse a prueba la puntería de Daniel y el muy inoportuno acertó a la primera.

—En serio, Ana, es suficiente. Tengo claros los conceptos.

—Por si acaso.

—Lo más gracioso es que no es la primera vez que le pasa esto.

—¿Con el calorcillo de la ginebra se le cae la ropa y acaba acosándose con todas las damas de honor?

—Según cuentan, tiene la suerte de que plancharle los calzoncillos sea suficiente motivo para acabar en un embarazo.

—¿Va por la vida fertilizando mujeres para expandir la raza aria o qué coño?

Robert se carcajeó y negó levemente con la cabeza.

—Que te lo cuente él. Paso de meterme en medio como en la época que estuvo con Rebeka. Después de que ella eligiera volver con mi actual cuñado, las cosas estuvieron muy tensas entre nosotros. Hablando de..., ¿esto lo sabe mi hermana?

Bufé. Esa era la pregunta del millón. ¿Llevaba una semana ignorando las llamadas de mi mejor amiga? Claro que no, hombre.

Llevaba tres.

—Me vio saliendo del baño, digamos que con pintas de que me hubiera tirado a los siete enanitos a la vez. Pero cuando me preguntó qué había estado haciendo en los servicios de caballeros, supe que aquella pregunta me iba a costar un montón de mentiras, y así fue. Le dije que el de señoras estaba atascado, y le hablé sobre lo impecable que era el alicatado. Vamos, que le di las peores largas de la historia, pero como ella estaba flotando en una nube de amor, no indagó más.

—Estarás agradecida a algún dios por que Daniel no saliera en ese momento por la puerta.

—Eternamente. Soy una fiel devota de todo el santoral desde aquella noche.

—¿Y cómo piensas contarle lo que está pasando? Porque tendrás que hacerlo en algún momento, y va a alucinar mucho y muy alto. Y Gary se va a partir la polla de risa, de eso estoy seguro. No esperes que sea yo el que te allane el terreno, porque no estaré aquí para hacerlo...

Para cuando quise contestar, rogándole que no le dijera nada a su hermana, y preguntándole dónde puñetas se iba, Daniel nos había interrumpido.

—Robert, déjanos a solas un momento, por favor —sentenció en inglés, el único método de comunicación posible entre los tres.

Tenía una voz grave y profunda, con un acentazo alemán brutal. Y yo sabía cómo sonaba al correrse.

Oh, joder.

¿Por qué demonios pensaba en esas cosas?

Según sospechaba, en el momento de la divina concepción, alguna hormona debió de golpearme en la —poca— cordura que tenía, y me había convertido en una kamikaze del pensamiento.

Robert se puso en pie como accionado por un resorte y me sacó de golpe de mis pensamientos lascivos. Gracias, amigo.

—Está bien, os dejo solos, machote —dijo con retintín, para, acto seguido, darle un par de palmadas en la espalda al germano, de esas que implican tanta camaradería que, de no ser así, se llevarían un puñetazo por respuesta.

Así fue cómo mi único aliado en aquel país extranjero salió por patas como una exhalación. El pestazo a cobardía que dejó casi consiguió tumbarme —es posible que estuviera un poco sensible con el tema de los olores—. Fijé la vista en Daniel, que acababa de sentarse a mi lado, aguantando el tipo como el jabato que era.

La noche que lo conocí, durante aquellas hogueras a finales de agosto, casi tres años antes, iba vestido de bombero. En un momento de lucidez supina y emborrachada de lujuria por culpa del tamaño de sus bíceps, le dije a mi mejor amiga que parecía el portero de la selección alemana y que merecía darse un homenaje con él, porque toda ruptura traumática lleva implícito un polvo por despecho. Pero no podía haber estado más equivocada, me quedé corta de narices: el jodido teutón le daba veinte mil vueltas a cualquier deportista alemán. Jamás había visto ciento noventa y tantos centímetros tan bien repartidos en un cuerpo. Y el día de la boda confirmé que no solo vale con tener una cara bonita y un cuerpo de infarto: el germano sabía usarlo. Hecho que me vi obligada a bautizar como «Follabilidad Suprema».

Tantísima oda al placer sexual debería ser considerada patrimonio de la humanidad o algo. Porque con él lo de «Si no me acuerdo, no pasó» no funcionaba, no valía para nada, porque lo recordaba, siempre estaba en mis pensamientos.

Y no solo en los apropiados.

Desde que nuestros ombligos se conocieron y se restregaron en la boda, me había estado poniendo las botas a base de fantasías perversas con él. Así que aproveché que volvía a tener delante semejante arrolladora perfección germana para darme otro pequeño atracón, y lo repasé de arriba abajo: tenía el pelo algo más largo que la última vez que lo vi, corto en los laterales y revuelto por arriba, rubio ceniza. Su cara estaba enmarcada por las patillas cortas más simétricas de la historia, y, como siempre, iba afeitado. Sus labios eran abundantes, no en exceso, rosados y apetecibles, castigadores en muchos sentidos.

Era un guapo universal, el típico tío que a cualquier mujer le resulta sobradamente atractivo, demasiado para cosa buena, he de puntualizar. Educado y elegante, de esos hombres que guardan las distancias sin miramientos y tú no quieres otra cosa que invadir su espacio personal. Por fastidiar, por curiosidad, por morbo o por vicio, quién sabe.

La única pega evidente, si es que conseguías superar la adoración física que te hacía babear a chorros por él, era su talante serio, con un ceño eternamente fruncido y una mirada azul turquesa fría que te invitaban a no hacer muchas tonterías en su presencia. Su sonrisa era escasa pero preciosa, digna de un par de toqueteos íntimos en la soledad de tu casa. Pese a eso, podía llegar a ser muy seco y a veces un poco aburrido, motivo por el cual nunca llegué a entender qué había visto mi amiga en él más allá de un posible polvo. Ella era tan julio, soleada y alegre, y él tan noviembre, con sus días cortos y oscuros... Además, su contención era férrea, aunque, para su desgracia y mi regocijo, no indestructible.

El susodicho resopló, agobiado, y se desabrochó un par de botones del cuello de la camisa, mandando a tomar por saco el estrecho protocolo de vestimenta alemán y poniéndome un poco tensa. Más por la tentación de soltarle el resto de los botones que otra cosa. Tenía el labio un poco hinchado, nada grave, pero parecía unos veinte años más viejo que diez minutos atrás.

Mientras pensaba en que yo tenía un pelín de culpa, miré mi mano, arrepentida, que estaba empezando a hincharse como una calabaza.

—¿Sonríes al revés o es que me estás mirando mal? —ataqué de manera preventiva, lo que mejor se me daba, sin duda.

Esperé ver su famoso ceño fruncido, pero no sucedió nada: su cuerpo estaba allí, pero su mente no. Tal vez le pasaba lo mismo que a mí y cada dos por tres se quedaba ensimismado recordando aquella noche, el primer calentón en la pista de baile y la pérdida absoluta de vergüenza en cuanto llegamos al baño.

—Perdona, pero ahora mismo no soy responsable de lo que refleja mi cara, estoy completamente descolocado. Es increíble que estés aquí. Y en cuanto a lo demás...

—Pues sonríe, amigo, porque todo empeora a partir de ahora. Sé que no esperabas volver a verme, pero siento decirte que soy como un jodido bumerán, como la moda de los 80. Y si no, pregúntales a

mis padres; siempre vuelvo, como las hombreras y los pantalones de campana...

—¿Cómo... cómo te encuentras? —Titubeó sin mirarme a la cara. Estaba concentrado en sus enormes manos, que sujetaban la ecografía y una botella de cerveza Einbecker, una deliciosa rubia ligera de la zona. Aunque, para rubia y ligera, ya estaba yo.

A mucha honra, eso sí.

—Cuatro cubatas, un condón reventado y tres meses después, aquí estoy. De maravilla, de putísima madre, ¿cómo iba a estar si no?

Intenté ser amable, pero mi boca no cooperaba. Nunca lo hacía. Ver de nuevo al hombre de aquella noche era complicadísimo de gestionar en el plano emocional.

—¿Sales de casa con todas esas frases escritas o vas improvisando sobre la marcha?

Le gruñí como respuesta, lo que provocó que alzara sus tristes y cansados ojos turquesa.

—Soy la primera sorprendida por lo que sale de mi boca cuando estoy bajo presión. Así que no me lo tengas en cuenta.

Yo era la de los chistes en los funerales, la que nunca sabía controlar la lengua en los momentos cruciales.

—Ana, sé que estás asustada con todo lo que... —Dejó la ecografía sobre la mesa y permaneció en trance durante varios segundos—. Pero hay maneras y maneras de hacer las cosas.

—Claro, podría haberte soltado un discreto «Tengo algo que es tuyo», pero tal vez no lo habrías pillado a la primera. ¿No crees?

Suspiró. Toda una obscenidad para mi mente de dudosa reputación. Ese sonido tan íntimo me recordó su boca lamiendo el lóbulo de mi oreja, respirando aceleradamente, susurrándome palabras en alemán empapadas de sexo, narrándome al detalle todo lo que me iba a hacer en aquel baño de mala muerte...

—Cualquier cosa habría sido mejor que aparecer como un basilisco en mi vida y tirarme una ecografía a la cara cuando no tenía ni la más remota idea de lo que estaba pasando.

Estaba confundido, dolido, preocupado... A saber, pero consiguió mantener un tono neutro conmigo, por mucho que su ceño ya estuviera arrugado. Lo admiré por ello.

—Genial, Daniel. No llevamos ni un minuto discutiendo que vamos a ser familia y tú ya me estás dando lecciones. Empezamos bien. ¿Sabes? Sé lo que hago. No necesito un padre que me guíe.

Terminó de un trago la cerveza, cerró los ojos con fuerza y se apretó el puente de la nariz.

—Eso, encima restriégame por la cara que yo no puedo ahogar este problema en alcohol y tú sí. Que te jodan, Daniel. Que te jodan una y mil veces, maldito semental teutón.

Dejó la botella sobre la mesa y me dedicó una mirada que era una mezcla de incredulidad y disculpa.

No iba a entrarme a saco, nunca lo haría.

—¿De cuánto estás?

—Por desgracia, solo hemos follado en Irlanda del Norte, así que saca cuentas, lumbreras.

—¿Unas catorce semanas? —propuso.

—Trece. Tiene el tamaño de una gamba.

Volvió a cerrar los ojos durante unos segundos. Parecía impactado, aunque su ceño fruncido no descansó ni un segundo. ¿Siempre lo llevaba así? Madre mía, qué agotamiento muscular. Empezaba a estar segura de que era una pieza de Mr. Potato que se le había quedado enganchada y que no podía cambiar por otra. Tal vez con una palanca...

Su voz interrumpió mis pensamientos.

—¿Desde cuándo lo sabes?

¿Por qué se empeñaba en hacerme preguntas que no me apetecía una mierda tener que contestar?

—¿Eres siempre así de frío o esta es una ocasión especial?

Me dedicó una oportuna mirada gélida en respuesta.

—Está bien... Digamos que, cuando me di cuenta de que la bandera japonesa no se izaba en mis bragas, me olí el percal porque soy una tía la mar de regular, pero decidí ser una persona adulta e ignorarlo comiéndome mi propio peso en helado de chocolate. Debería ponerle una orden de alejamiento al chocolate, o él a mí. Me siento confusa al respecto. —Carraspeé para retomar el hilo—. El caso es que, aunque sentía pánico por confirmar mis sospechas, me hice unas doce pruebas, y, ¡sorpresa!, todas dieron un contundente positivo. Pero continué negando la situación hasta la semana pasada, momento en el que me entró una crisis de responsabilidad, algo insólito siempre que estoy tan atacada, fui al médico y me hicieron esa ecografía. Que, por cierto, nadie tiene la decencia de avisarte de que para la primera debes abrirte de piernas, pero, bueno, una vez pasada la discusión que tuve con el ginecólogo, porque me negaba

a que me atravesara con ese aparato por mucho que le pusiera un condón y dos litros de lubricante, y él insistía en que había visto demasiadas películas, me dijo que todo estaba bien. Así que una vez que me había asegurado de que el asunto marchaba sobre ruedas, opté por pasar del tema unos días más. Algo como unas vacaciones mentales. Y hoy ha ocurrido lo irremediable: no me podía cerrar los pantalones. De buenas a primeras, ha sido tan real... tan innegable, que tenías que saberlo. —Sorbí disimuladamente por la nariz.

No sé cómo pretendía que entendiera mi situación cuando ni yo misma era capaz de controlar las emociones que se revolvían en mi interior. Estaba enfadada, confusa y cachonda, todo a la vez.

Y puede que estuviera buscando algo dulce con la mirada. Puede.

—¿Cómo ha podido suceder? —preguntó mirando a la nada, esperando una respuesta divina que no iba a llegar nunca. A Dios se la sudaban nuestros problemillas del primer mundo; estaba fuera de cobertura para asuntos pecaminosos como el nuestro.

—¿Que cómo sucedió? Uhm... —Me rasqué la barbilla, pensativa—. ¿Tú qué crees? ¿Necesitas que te lo explique? Porque no lo vamos a repetir, ¿no?

La adrenalina a veces me hacía descarrilar un poco. Mientras él aparentaba estar en una especie de trance celestial en el que le salían las preguntas a borbotones y no parecía saber ni siquiera a quién iban dirigidas, yo soltaba una burrada tras otra. Tampoco podía poner la mano en el fuego por que hubiera escuchado mi respuesta.

—¿Estás segura de que es mío?

Su pregunta rasgó el aire, alejándonos abruptamente, marcando una distancia entre nosotros, e impactó en el centro de mi pecho provocando que mi ego viajara a la deriva, como un globo pinchado, para acabar aterrizando a sus pies.

Me encogí en mi asiento y me tomé unos segundos para resituarme.

—No acabas de preguntarme eso —afirmé sin apenas voz y con los ojos llenos de lágrimas de rabia que no pensaba derramar por su culpa.

—Tal vez no sea la pregunta más acertada en esta situación, pero necesito que me lo confirmes.

Pero con esa frase colmó mi ya escasa paciencia.

—¡No seas tan borde, tío! —protesté dando un golpe sobre la mesa y tragándome el dolor que me había provocado—. ¿Crees que

habría atravesado media Europa si no fuera tuyo? A veces tienes el mismo atractivo y el mismo carisma que pillarte la mano con la puerta.

Estaba claro que lo que me atrajo de él no era el jueguito que me daba.

—¿No crees que, si cambiara, perdería el encanto? —preguntó con una sonrisita derrotista.

Me eché a reír, claudicando ante sus palabras. A mí me variaba el humor cada cinco minutos, tenía la estabilidad emocional de una mesa del Ikea después de pasar tres años expuesta en la sección infantil, pero él no estaba mucho más cuerdo.

—Está bien, perdona, no debería habértelo preguntado así. Yo... Necesito un poco de tiempo; ahora mismo esto está lleno de gente que se estará preguntando qué diablos nos pasa, si es que no lo han deducido ya. Andrea está asustada, mis padres a punto de llegar... Tengo que apañar la situación para que podamos hablar con calma y a solas.

Una lejana voz femenina llamándolo por su nombre corroboró sus palabras. Nos giramos, y ahí estaba la que supuse que era mamá Beck, agitando la mano como una loca, con un señor idéntico a Papá Noel a su lado.

Nos acercamos un poco y bajamos la voz.

—¿Crees que yo he tenido tiempo para apañar mi situación? Porque no ha sido así. Desde el mismo momento en que vi esa masa humana creciendo en mi interior no he podido concederme ni un instante, ¡joder! —Hice una pausa para respirar—. Vale, sí, me cogí un par de días para negarlo y atiborrarme a dulces. Pero esto ya se ha convertido en una puta cuenta atrás, y cada día que pasa, cada minuto, más me alejo de mi vida, de mis sueños y de la talla cuarenta. Y aquí estás tú, tan tranquilo, rascándote las pelotas a dos manos mientras me pides explicaciones y tiempo.

—Tranquilízate, por favor —me pidió con toda la paciencia que yo ya no tenía.

Lo que necesitaba eran quince días de relax en una habitación con las paredes acolchadas.

—¡Que descansen en paz todos mis planes! —grité de manera dramática—. Y, ya que estamos, mi vida. Pero que la tuya no se altere, Dios nos libre de semejante aberración.

—Ana... Lo único que te he pedido es que me des un mísero margen de media hora. Treinta minutos.

—Estás liado como para atender esta mierda, lo pilló. A mí tampoco es que me venga muy bien ser madre ahora mismo.

—¿Tú quieres ser madre? —preguntó sorprendido.

—No es algo que me estuviera planteando: este año voy a apuntarme a zumba para bajar culo, aprender chino para conocer nuevas culturas y tener un hijo para sentirme completa —solté con todo el sarcasmo del mundo y parte del mío.

—Quiero que tengas claro que apoyaré cualquier decisión que tomes. Y si deseas seguir adelante con el embarazo, cuenta conmigo. Nuestra situación no es la más apropiada, pero yo deseo volver a ser padre.

—No corras tanto, tío. Nos quedan seis meses: ya tendremos más ocasiones para hablar sobre las virtudes de la paternidad. Ahora ya sabes cuáles son las consecuencias de nuestra actividad follera, así que esta misma tarde me vuelvo a Bilbao. No quiero estar aquí. Ni siquiera sé para qué me he molestado en venir...

—Has venido porque me necesitas.

—¡Arriba el patriarcado! —grité rabiosa.

—Ana, esto es cosa de dos, y si no quieres verlo, es que estás ciega. Además, si fuera de otra manera, me habrías llamado por teléfono, y, en el peor de los casos, jamás me habría enterado —dijo, conteniendo la mala hostia que empezaba a crisparle los hombros.

Que mencionara, aunque fuera de pasada, un posible aborto, me sacó de quicio. Porque eso era lo único que había tenido claro desde el principio: no iba a interrumpir el embarazo, y, llegado el momento, no iba a permitir que otro niño se sintiera no deseado. No iba a convertirme en Alicia tan pronto.

¿Y quién es Alicia? Calma, todo llegará. Por desgracia.

—Pero ¿tú qué demonios te has creído? —Alcé la voz, muy alterada; eran las hormonas las que perdían los nervios por mí, o igual ya venía de casa alterada—. No te necesito para nada. Lo único que podía necesitar de ti ya me lo diste en la boda. Y muy bien, querido semental. Así que muchas gracias y hasta otro ratito.

Hice ademán de levantarme de la mesa, pero él me puso el brazo delante impidiéndome el paso. Yo, en su situación, ya habría organizado un buen jaleo con platos volando, barbacoas volcadas, lágrimas y gritos. De hecho, fue a lo que me dediqué en la intimidad de mi casa.

—Por favor, quédate —repitió con tranquilidad— y cálmate.

Me sujetó la barbilla con los dedos y su mirada dudó por un instante entre mis labios y mis ojos. Yo contuve la respiración ante su inesperada cercanía. Me estaba tocando. A mí, que evitaba el contacto hasta en el dentista.

—No puedes aparecer aquí, soltarme la bomba y largarte. Vamos a hablar con tranquilidad sobre el tema y vamos a buscar soluciones. ¿Vale?

Asentí, claro que asentí. Pero porque me estaba tocando y eso me nublaba la mente.

Pese a que acababa de perder los papeles por enésima vez en pocos días, quería que estuviera de mi lado, necesitaba que me ayudase a gestionar el huracán que sentía en el estómago.

—Comemos algo rápido y nos vamos a mi casa. ¿De acuerdo?

—No tengo hambre. Y como me des la charla sobre que debo comer por dos, te juro que no respondo... —Respiré hondo y lo miré a los ojos escondiendo el arrepentimiento que me embargaba—. Está bien. Comeré algo, porque no he probado bocado desde esta mañana.

—Como quieras. Sé que ahora mismo te sientes vulnerable y asustada, pero confía en mí, Ana. Daremos con la manera de gestionar esto.

—Más te vale encontrar las palabras adecuadas y una solución que nos guste a los dos antes de que yo pierda la cabeza del todo.

—Solo uno de los dos puede estar histérico. Y visto tu estado, no puedo ser yo.

Había algo en lo que tenía que darle la razón a Rebeka: la calma y la entereza de ese tío eran tan envidiables como insoportables. No es que le corriera horchata por las venas, ¡es que le corría anticongelante! ¿No pensaba perder los nervios ni siquiera ante aquella situación? Porque yo sí.

—Por cierto, es solo uno. Por si te lo estabas preguntando.

Me levanté de la mesa y me acerqué a los demás con mi mejor sonrisa falsa. Una que decía claramente: «Pues nada, que me he venido a pasar unos días a Alemania porque os echaba de menos, queridos pueblerinos que no conozco de nada».